

prontitud que el pobre maestro de maestros no había tenido tiempo de ver mas que fuego.

—Héla aquí, dijo Jesus.

Eloy tomó la herradura con la esperanza de descubrir en ella alguna escama; pero nada le faltaba: así, á pesar de su mala intención no pudo ponerla la menor falta.

—Si, si, dijo volviéndola y revolviéndola, no está mal..... Vamos, para un simple oficial de herrero no está mal. Pero, continuó esperando coger en falta á Jesus, no basta saber hacer una herradura, es necesario además saberla aplicar también á la parte del animal. Creo que me has dicho que sabías herrar.

—Si, maestro, respondió tranquilamente Jesus.

—Poned el caballo al trabajo (1), gritó Eloy á sus mancebos.

—¡Oh! no hay que tomarse ese trabajo, interrumpió Jesus. Yo tengo una manera particular de herrar que ahorra tiempo y mucho trabajo.

—¿Y cuál es tu modo de herrar? dijo Eloy asombrado.

—Vais á verlo, respondió Jesus.

A estas palabras sacó un cuchillo de su bolsillo, se fué al caballo, levantó una de sus patas traseras, le cortó la pata izquierda por la primera articulación, la colocó en la bigornia, clavó la herradura con la mayor facilidad y trajo la pata herrada, la aproximó á la pierna, donde volvió inmediatamente á unirse; cortó la pata derecha, repitió la misma operación con el mismo éxito, continuó así con las otras dos patas, y todo esto sin que hiciese el menor movimiento el animal. Eloy contemplaba la operación con la mas profunda admiración, asombrado.

—Ya está, maestro, dijo Jesucristo al pegar la cuarta pata.

—Bien, lo veo, dijo Eloy haciendo todos sus esfuerzos para ocultar su asombro.

—Vos no conocéis este método de herrar, continuó Jesucristo indiferentemente.

—Si tal, repuso con viveza Eloy: he oído hablar de él.... pero estoy por el otro.

—Hacedis mal, este es mas cómodo y mas espedito.

Eloy, como se deja comprender, se guardó muy bien de despedir á tan hábil herrador, temia además, si no se arreglaba con él, que se estableciese en aquellas cercanías, y le quitase los parroquianos. Hecho el ajuste y condiciones que fueron aceptadas, Jesus quedó en la tienda como primer mancebo.

Al dia siguiente por la mañana, Eloy envió á Jesus á dar una vuelta por los pueblos inmediatos. Tratábase de algunos recados que no

(1) *El Trabajo* es un aparato de maderos enmendado del que se ata á los caballos indómitos ó inquietos que van á herrar, para evitar que den coces, y maltraten á los herradores ó ellos mismos se estropeen.

podían confiarse mas que á un mensajero inteligente.

Jesus apenas había revuelto la primera esquina de la calle, ya Eloy se puso á pensar seriamente en aquel nuevo método de herrar los caballos que él no conocia. Había seguido con el mayor cuidado la operación, y observado bien en qué articulación se había hecho la amputación, y como tenia gran confianza de si mismo, resolvió aprovechar la primera ocasión que se le presentase para poner en práctica la lección que había aprendido.

No tardó en presentarse esta: apenas había trascurrido una hora se paró á la puerta de Eloy un caballero armado de pies á cabeza, cuyo caballo se había desherrado de un pie un cuarto de hora antes de llegar allí, y venia atraído por la fama del maestro.

Venia de España y regresaba á Inglaterra, donde tenia que arreglar negocios de la mayor importancia con San Dunstan en Escocia. Ató, pues, su caballo á una de las argollas de hierro de la tienda, y entró en una taberna donde pidió una jarra de cerveza, recomendando á Eloy le despachase pronto.

Eloy pensó, que pues el parroquiano tenia prisa, era el momento oportuno de poner en ejecución el método espedito del que había visto la vispera hacer un ensayo que tan bien había salido. Tomó, pues, el cuchillo mas afilado, dióle una última mano sobre la piedra de afilar, y levantando la pierna del caballo, buscó la articulación con mucha exactitud y le cortó la pata por encima del casco.

La operación había sido ejecutada con tal habilidad, que el pobre animal que nada sospechaba, no había tenido tiempo de oponerse, y no había conocido la amputación sino por el dolor mismo que le había causado: pero entonces dió un relincho tan lastimero y doloroso, que su dueño se volvió, y vió que su cabalgadura apenas podia tenerse sobre las tres piernas que le quedaban, y sacudiendo la cuarta de la que se le escapaba á torrentes la sangre. Lanzóse fuera de la taberna y se precipitó en la tienda, y encontrando á Eloy que herraba tranquilamente la cuarta pata colocada en su bigornia, creyó que el maestro se había vuelto loco. Eloy le tranquilizó diciéndole que era un nuevo método que había adoptado; le enseñó la herradura perfectamente adherente al casco, y saliendo de su tienda, se dispuso á pegar la pata al muñón de la pierna, como había visto hacer la vispera á su oficial.

Pero esta vez sucedió muy de otra manera. El pobre animal que se desangraba hacia diez minutos, se había tumbado en el suelo moribundo. Eloy acercó la pata á la pierna, pero en sus manos no quiso adherirse: el pie estaba ya muerto y lo restante del cuerpo no valia mucho mas.

Un sudor frio cubrió la frente del maestro, conoció que estaba perdido, y no queriendo sobrevivir á su reputación, sacó de su vaina

el cuchillo que tan bien había cumplido su oficio: iba á clavárselo en su pecho, cuando sintió que le detenian por el brazo. Se volvió, era Jesucristo. El divino mensajero había concluido sus encargos con la misma prontitud y habilidad que tenia costumbre de hacerlo, y estaba ya de vuelta dos horas antes mas pronto de lo que Eloy le esperaba.

—¿Qué haces, maestro? le dijo con tono severo.

Eloy no respondió, pero le mostró con el dedo al caballo espirando.

—¿No es mas que esto? dijo Cristo, y cogió la pata y la aproximó á la pierna, y la sangre cesó de correr, y se pegó el pie, y se levantó el caballo, y relincho de gusto, de modo que menos el suelo enrojecido, cualquiera hubiera jurado que nada había sucedido al pobre animal, poco antes tan malo, y ahora tan vivo y tan bueno.

Eloy le miró un instante confuso y asombrado; alargó el brazo, tomó en su tienda un martillo, y haciendo pedazos su muestra se dirigió á Jesucristo, y le dijo humildemente.

—El maestro eres tú, yo no soy mas que el oficial.

—Bienaventurado el que se humilla, respondió Cristo, con voz dulce, porque será ensalzado.

Al oír aquella voz tan pura y tan armoniosa, Eloy alzó los ojos y vió que su oficial tenia ceñida la frente con una aureola; reconoció á Jesucristo y cayó de rodillas.

—Bien está, te perdono, dijo Cristo; porque te creo curado de tu orgullo. Permanece *maestro de maestros*: pero acuérdate de que yo solo soy *maestro sobre todos*.

A estas palabras montó en la grupa detrás del caballero, y desapareció con él.

El caballero era San Jorge

PAULINA.

Terminada esta narración, rogué al maestro de postas que examinase los pies de sus dos caballos por temor de que no le sucediese en el camino el mismo percance que al caballo de San Jorge. Despues, concluida aquella inspección, marchamos á trote largo por uno de aquellos caminos enarenados como las calles de un jardín inglés y que surcan el Piamonte desde la ocupación francesa.

Es imposible el soñar por peristilo de la Italia un camino mas encantador: por medio de una llanura de dos leguas que parecen aun mas frescas y graciosas despues del terri-

ble valle de Gondo, se llega á Villa, porque como se ve todos los nombres de ciudades acaban por una dulce vocal. Despues las blancas casas suceden á las grises cabañas, los techos ceden su lugar á los terrados, las pararas trepan alrededor de los árboles del camino, atraviesan la carretera y se mecen en columpio. En lugar de las aldeanas rústicas del Vallés, se encuentran á cada paso lindas vendimiadoras de color pálido, ojos aterciopelados, y rápido y dulce hablar. El cielo es puro, el aire tibio y se reconoce, como dice el Petrarca, á la tierra querida de Dios; la tierra santa; la tierra feliz, que ni las invasiones de los bárbaros, ni las discordias civiles, ni la cólera de los volcanes, han podido despojar de los dones que ha recibido del cielo. Una cosa, sin embargo, se oponia á que las apreciase en toda su estension: estaba solo.

Es una cosa muy triste el ir en un viaje solo, el no tener á nadie con quien compartir nuestras emociones de alegría ó de temor. Así pasé delante del valle de Anzasca, casi sin detenerme, y sin embargo, en el fondo de sus sinuosidades, sobre sus verdes colinas se levanta cual el gigante encargado de velar sobre aquellos jardines encantados, el Monte Rosa, el Adamastor de la Italia. Unalegua mas allá, al acercarse á Fariolo y mientras que miraba á mi derecha una de aquellas últimas hijas de los Alpes que van á morir degenerando en colinas y montecillos á las orillas de los lagos que tienen con su sombra, oí desprenderse de lo alto de la montaña una cosa parecida á un grano de arena que vino rodando por las cuestas, saltando por encima de los barrancos, erociendo siempre á medida que se acercaba y terminó por cambiarse en un pedrisco que pasando con el estrépito del rayo, y semejante á una gran mole de piedras atravesó el camino á treinta pasos del carruaje y llegada al fin de su fuerza de impulsión fué á detenerse contra un olmo que tronchó: casi envidié al postillon que había tenido miedo por sus caballos.

Esperar ó temer por otro, es la única cosa que da al hombre el sentimiento completo de su propia existencia.

Llegaba á las orillas del Lago Mayor á la caída de la tarde y me detuve en Baveno en una encantadora posada de granito rosa, y rodeada de laureles. Por fuera era un palacio encantado: por dentro era una posada italiana.

Una posada italiana es aun una habitación bastante tolerable en verano; pero en invierno, atendiendo á que no hay ninguna precaución tomada contra el frio, es una cosa de que no se puede formar idea alguna. Se llega helado, se baja del carruaje, se pide un cuarto, el dueño de la posada, sin incomodarse en su siesta, hace señá al mozo de que os acompañe. Le seguís con la confianza de que vais á encontrar un abrigo; ¡qué horror! entráis en una enorme pieza de blancas pare-

des, cuyo solo aspecto os hace tiritar de frío. Recorreis vuestra nueva habitacion con la vista, y se detiene esta al fin en un pequeño paisaje al fresco que representa á una muger desnuda en equilibrio sobre la punta de un arabesco, solo con verla tiritais; volveis la vista hácia la cama y la veis cubierta con una especie de chal de algodón y una colcha de muselina blanca. Entonces dais diente con diente. Buscáis por todas partes la chimenea: el arquitecto la ha olvidado. Es preciso tomar vuestro partido. En Italia no se sabe qué cosa es fuego: en verano se calientan al sol, y en invierno al calor del Vesubio: pero como es de noche, y os halláis á ochenta leguas de Nápoles, os apresurais á cerrar las ventanas. Terminada esta operacion, reparais en que los cristales están rotos, tapais uno con vuestro pañuelo arrollado á modo de tapon, y cerrais el otro con una tohalla estendida como una vela. Os creéis al fin atrincherado contra el frío; tratáis entonces de cerrar la puerta, pero la cerradura falta: arrimais contra ella la cómoda y os empezais á desnudar. Apenas os habeis quitado la levita sentís ya un atroz viento colado; son los tableros que han hecho movimiento, y no tocan ni arriba ni abajo; entonces descolgais las cortinas de las ventanas y con ellas haceis unos rollos; luego cuando todo está bien calafateado, ó cuando á lo menos lo creéis, dais una vuelta por vuestro aposento con la luz. Una última corriente de aire que no habiais todavía sentido os la apaga en las manos. Buscáis una campanilla; no la hay: golpeais con el pie para hacer que suba alguno, pero el piso da sobre una cuadra. Volveis, pues, á quitar la cómoda, sacais las cortinas de las rendijas, volveis á abrir la puerta y llamais: trabajo perdido, todo el mundo duerme, y cuando se duerme nadie se despierta en Italia. A los viajeros toca el procurarse ellos mismos lo que necesitan.... Y como todo bien calculado, lo que mejor hay que hacer es irse á la cama, la alcanzais á ientas, os acostais sudando de impaciencia, y os despertais yerto de frío.

En verano es otra cosa: todos los inconvenientes que acabamos de mencionar desaparecen para dar lugar á uno solo; pero este solo vale por todos: los mosquitos. No hay punto en donde no hayais oído hablar de este pequeño animal, que habita particularmente en las orillas del mar y de las lagunas y estanques; son para nosotros los mosquitos del Norte, lo que la víbora es en comparacion á la culebra.

Desgraciadamente, en lugar de huir del hombre y esconderse en los parages mas desiertos, como aquella, gusta de la civilizacion, la sociedad le alegra, y le atrae la luz: en vano cerrais, pues entra por los agujeros y por las rendijas y grietas. Lo mas seguro es pasar las horas de la noche en un cuarto distante de aquel en que se ha de dormir, y luego

en el mismo instante de irse á acostar apagar la luz y lanzarse velozmente á la otra pieza. Desgraciadamente tiene el mosquito los ojos del buho y la nariz de la hiena; os ve en la oscuridad y os sigue la pista cuando, para estar mas seguro de su presa, no se ha colocado ya sobre vuestros cabellos. Creéis entonces haberle engañado, y os vais á tientos hácia vuestra alcoba; derribando en la oscuridad un velador cargado de tazas viejas de porcelana, que os harán pagar por nuevas al dia siguiente; dais un rodeo para no cortaros los pies con los cascotes; alcanzais la cama, levantais con precaucion el mosquetero que la rodea, os deslizais cual una serpiente entre vuestras sábanas, y os dais el parabien de que, merced á este cúmulo de precauciones, os habeis proporcionado una noche tranquila; el error es dulce pero corto. Al cabo de cinco minutos, ois un pequeño zumbido alrededor de vuestro rostro; tanto valdría oír el rugido del tigre ó del leon: os habeis encerrado con vuestro enemigo, preparaos á un duelo encarnizado: esa trompeta que suena, es la de un combate á muerte. Bien pronto cesa el ruido, este es el momento terrible; vuestro enemigo se ha posado ¿dónde? no lo sabeis: la estocada que va á daros no tiene quite: de repente sentís la herida, llevais á ella velozmente la mano, pero vuestro adversario ha sido aun mas listo, y esta vez le ois cantar victoria. El zumbido infernal rueda en torno de vuestra cabeza con círculos fantásticos é irregulares, en los que intentais en vano cogerle; despues cesa el ruido por segunda vez. Entonces vuelve á comenzar vuestra angustia y echais las manos á todos los puntos donde no está; hasta que un nuevo dolor os señala donde se encontraba, si, donde se encontraba; porque en el instante mismo en que creéis haberle aplastado como á un escorpion sobre la herida, el atroz zumbido vuelve á comenzar: esta vez os parece una carcajada diabólica y burlona; respondeis á ella por un rugido concentrado, y os preparais á sorprenderle en cualquier punto que se pose: ensanchais ambas manos, las dais toda la estension de que son susceptibles, y presentais la megilla á vuestro adversario, quereis atraerle sobre aquella superficie carnosa, que abrazaria tan exactamente la palma de vuestra mano. Cesa el zumbido, y conteneis la respiracion, suspendeis los latidos de vuestro corazón y creéis sentir hundirse la acerada trompa en mil puntos diferentes; de repente el dolor se fija en el párpado, nada calculais, y no pensais mas que en la venganza, os aplicais sobre el ojo un puñetazo, capaz de atronar á un buey; os hace ver cien mil centellas, pero nada importa si ha muerto el vampiro; así lo esperais por un instante y dais gracias á Dios de que os haya concedido la victoria. Un minuto despues comienza de nuevo el satánico zumbido: oh! entonces salís de vuestras casi-

llas, vuestra imaginacion se acalora, vuestra cabeza se exaspera, y saltando de vuestra cama, no tomáis ya ninguna precaucion contra el ataque y os levantais del todo, con la esperanza de que vuestro antagonista cometerá alguna imprudencia: os sacudís el cuerpo con ambas manos, como el labrador que golpea las gavillas de mies, y luego en fin, despues de tres horas de lucha, sintiendo que vuestra cabeza se desvanece y que vuestro espíritu se estravia hasta el punto de volveros loco, volveis á caer aniquilado, rendido de la fatiga y muerto de sueño. Al fin os adormeceis. Vuestro enemigo os concede una tregua, está harto: el moscon hace gracia al leon; el leon puede dormir.

Al dia siguiente os despertais; ya es muy de dia, la primer cosa que veis, es vuestro infame mosquito agarrado á la cortina, con el cuerpo henchido y colorado con lo mas puro de vuestra sangre: experimentais un movimiento de deliciosa alegria, acercais la mano con precaucion, y le aplastais á lo largo de la pared como Hamlet á Polonio, pues está ebrio de tal modo que ni aun trata de huir. En este momento entra vuestro criado, os mira estupefacto y os pregunta que es lo que teneis en el ojo; os haceis traer un espejo, os mirais y no os conoceis: ya no sois vos mismo, sois una cosa monstruosa, una cosa como Vulcano, como Caliban, como Cuasimodo.

Felizmente yo llegaba á Italia en una buena estacion: los mosquitos se habian ya marchado, y las nieves no habian llegado todavía. No vacilé en abrir de par en par mi ventana: daba sobre el lago; raras veces he visto un espectáculo mas eucantador.

La luna se alzaba detrás de Lugano en medio de una atmósfera tranquila y límpida, subia al horizonte como un globo de plata, á medida que subia iluminaba el paisaje con su pálida luz: en lontananza figuraba confusamente, en medio de objetos desconocidos y sin forma, á los que no podia yo dar un nombre, no sabiendo si eran nubes, montañas, aldeas ó vapores. Las montañas que costean el lago, se estendian entre mí y ella como un gigantesco biombo, cuyas cimas centelleaban cual si estuviesen coronadas de nieve, y cuyos costados y base cubiertas de sombra, descendian hasta el lago y oscurecian las olas, en las que se reflejaba: en cuanto á lo restante de la inmensa sábana clara y límpida, parecia un espejo de azogue; en medio del agua se levantaban, como tres puntos sombríos, las tres islas Borromeas, que destacándose á la vez sobre el cielo y sobre el agua, parecian negras nubes enclavadas sobre un fondo azul estrellado de oro.

Debajo de mi ventana se prolongaba, hasta el camino, un terrado cubierto de flores; bajé á él, á fin de gozar mas completamente de aquel espectáculo, y me hallé en un bosque de rosales, granados y naranjos: rompi maqui-

nalmente algunas ramas floridas, dejándome dominar de aquel sentimiento melancólico, que toda organizacion impresionable experimenta en medio de noche hermosa, tranquila y silenciosa, y cuya religiosa y solemne serenidad no viene á perturbar ningun humano ruido: en medio de aquella quietud de la naturaleza, me parecia que el tiempo, adormecido como los hombres, cesaba de andar, que la vida se detiene y reposa, que las horas de la noche dormitaban con las alas replegadas, que no se despertarian hasta el dia, y que solo entonces únicamente el mundo continuaria envejeciendo.

Permaneci casi una hora, todo entregado á aquel espectáculo, dirigiendo alternativamente mis ojos sobre el cielo y sobre la tierra, y sintiendo subir del lago una frescura nocturna y deliciosa. De el fondo de un grupo de árboles, cuyos pies se bañaban en el agua, y cuyas copas, poco elevadas, pero espesas, se destacaban sobre un fondo plateado, un pajarillo cantaba por intervalos como el ruiseñor de Julieta; el argentino sonido de su voz se detenía de repente al fin de un gorgorito, y como su canto era el único sonido que velaba, así que acababa de cantar todo volvia á quedar mudo en el silencio; diez minutos despues volvia á continuar su himno, sin motivo alguno para volverlo á empezar, como no lo habia tenido para interrumpirlo: aquella voz tenia un no sé qué de fresco, de nocturno y de misterioso, perfectamente acorde con la hora y con el paisaje: era una melodía que debia ser escuchada como yo la escuchaba, á la claridad de la luna, al pie de las montañas y á la orilla de un lago.

Durante un intervalo de silencio, distinguí el lejano rodar de un carruage, que venia del lado de Domo d' Ossola, y me recordaba que habia otros seres mas que yo y el pajarillo que cantaba para Dios; en aquel momento volví á seguir su armoniosa plegaria, y no pensé mas que en escucharle: despues cesó su canto y oí de nuevo el ruido del carruage mas cercano. Venia rápidamente, pero no tan rápidamente todavía que mi melodioso vecino no pudiese volver á comenzar su concierto; pero esta vez, apenas concluido, percibí al revolver del camino la silla de postas que distinguí por sus dos faroles brillantes en la oscuridad, y que avanzaba cual si hubiese tenido las alas de un dragon, cuyos ojos parecia tener. A doscientos pasos de la posada, el postillon se puso á chasquear estrepitosamente su látigo, para avisar su llegada: en efecto, oí algun movimiento en la cuadra, sobre la cual estaba mi cuarto: el carruage se detuvo debajo del terrado en que me hallaba.

La noche estaba tan hermosa, tan dulce y tan estrellada, aunque estábamos ya al fin del otoño, que los viajeros habian bajado la capota de la carretela. Eran dos, un jóven y una jóven. La jóven envuelta en una capa,

tenía la cabeza caída y los ojos fijos en el cielo, sosteniéndola el joven en sus brazos. En aquel momento salió el postillon con los caballos y la criada de la posada con luces: las acercó á los viajeros, desde donde yo me hallaba oculto y escondido entre los naranjos y rosales que guarnecían el terrado, reconocí á Alfredo de N. y á Paulina.

A Paulina, pero tan cambiada de cuando la vi en Pfeffers, á Paulina tan moribunda, que no era más que una sombra; el mismo recuerdo que me había pasado por la imaginación se presentó de nuevo. Yo había visto en otro tiempo á aquella muger bella y en la flor de su edad, hoy tan pálida, tan ajada: iba sin duda á buscar á Italia una atmósfera más dulce, un aire más vivificante y la eterna primavera de Nápoles ó de Palermo. No quise contrariarla ofreciéndome á su vista, y sin embargo, deseaba que supiese que había alguno que rogaba por su vida. Tomé, pues, una tarjeta de mi bolsillo, y escribí detrás con mi lapicero. *Dios guarde á los viajeros, consuele á los afligidos, y cure á los dolientes.* Puse mi tarjeta en el ramillete que había cogido, y dejé caer el ramo sobre las rodillas de Alfredo, que se inclinó hácia el farol de su carruaje para examinar el objeto que de tal modo llegaba á él. Miró mi tarjeta, reconoció mi nombre, leyó mi plegaria, después, buscando con los ojos dónde podía estar, y no descubriéndome, hizo con la mano un signo de agradecimiento y de despedida; y viendo los caballos enganchados, gritó al postillon: ¡adelante! El carruaje volvió á partir con la rapidez de una flecha, y desapareció á el primer ángulo del camino.

Escuché el ruido de sus ruedas hasta que se apagó, después me volví hácia el lado donde cantaba el pájaro, pero esperé en vano.

Tal vez era el alma de aquella pobre niña, que había ya vuelto á subir al cielo.

LAS ISLAS BORROMEAS.

El siguiente día al despertarme vi á la luz del sol el paisaje que había entrevisto la víspera á la claridad de la luna; todos los detalles perdidos entre las masas de sombras, se me ofrecían distintamente á la luz del día; la isla Superior con su población de pescadores y bateleros, la isla Madre con su villa toda cubierta de verdura, la isla Bella, con su montón de columnas, sobrepuestas las unas á las otras, en fin, la orilla opuesta del lago donde van á terminar las montañas de los Alpes y

donde comienzan las llanuras de la Lombardia.

Hace ciento y cincuenta años aquellas islas no eran más que rocas desnudas, cuando le ocurrió al conde Vitaliano Borromeo trasportar á ellas tierra, y mantener aquella tierra como en una caja por medio de paredes y estacas. Terminada aquella operación sembró el noble príncipe aquel suelo ficticio de oro, como el Labrador siembra con grano, é hizo nacer allí árboles, poblaciones y palacios. Magnífico capricho del millonario que ha querido tener como Dios un mundo creado por él.

El mozo de la posada vino á avisarme que me esperaban dos cosas; mi desayuno y mi barca: me dirigí á lo más urgente.

Me habían servido mi almuerzo en el comedor común; como casi todos los comedores de Italia, estaba pintado de ocre amarillo con algunos arabescos, que representan pájaros y langostas, y tenía además un adorno particular bastante original para que lo pase en silencio. Era el retrato del dueño de la posada, el *signor Adami*, en traje de oficial de la guardia nacional piomontesa, llevando debajo el brazo un libro titulado: *Manual del teniente de infantería*. Aquella inesperada sorpresa me causó gran placer; yo creía que semejantes muestras se hallaban únicamente en la calle de Saint-Denis.

Al primer bocado que tomé, cesó mi admiración y vi que era muy natural que el *signor Adami* se hubiese hecho retratar de oficial: era evidente que el teniente se ocupaba mucho más de su compañía que el posadero de sus marmitones.

Este descubrimiento me desesperó tanto más cuanto que estaba resuelto á permanecer ocho días en Baveno. Pedí hablar á mi huésped á fin de explicarme inmediatamente con él sobre mi futuro alimento. Respondieron que estaba en Arona á asuntos del servicio. Bajé á mi barca, y di orden á los barqueros de conducirme á la isla de los Pescadores.

Quería adquirir la certidumbre de que podría proporcionarme pescado fresco todos los días.

Resolvi afirmativamente esta duda, y visité la isla con alguna tranquilidad.

Es una encantadora chanza que se parece en pequeño á un pueblo, y tiene casas, calles, una iglesia, un cura y monacillos.

Las redes, que forman la única riqueza de sus doscientos habitantes, se hallan extendidas delante de todas las puertas.

Nos reembarcamos y nos hicimos á la vela para la isla Madre. De lejos es una masa de verdura, en medio de una ancha taza de agua, está toda plantada de pinos, cipreses y plátanos. Sus espaldares están cubiertos de cidras, naranjos y granados: sus alamedas pobladas de faisanes, codornices y pintadas, resguardada por todos lados del frío y abriéndose como una flor á todos los rayos del sol, permanece siempre verde aun cuando las

montañas que la rodean blanqueen bajo las nieves del invierno. El guarda del palacio, me cortó una carga de cidras, naranjas y granadas que hizo llevar á mi barca. No había visto, lo confieso, sin inquietud por mi bolsillo, aquel exceso de hospitalidad, así es, que al volver á mi barca pregunté á mis marineros cuanto debía dar á mi *cicerone*; pero me dijeron que mediante tres francos se tendría por muy satisfecho. Dile cinco, en cambio de los cuales deseo á mi *Excelencia* toda suerte de felicidades. Bajo estos felices auspicios nos volvimos á poner en camino.

A medida que adelantábamos hácia la isla Bella, veíamos salir del seno del lago sus diez terrados sobrepuestos los unos á los otros. Esta es sino la más bella de las islas de aquel pequeño archipiélago, á lo menos la más curiosa. El mármol y el bronce, como también todo lo demás, está labrado al gusto del tiempo de Luis XIV: un bosque completo de árboles magníficos, un bosque de álamos y de pinos, esos gigantes de dulce murmullo que al menor viento hablan un poético lenguaje, que comprenden sin duda el aire y las olas, puesto que les responden en el mismo idioma, se levanta sobre arcos de piedra que bañan sus pies en el lago, pues la isla toda entera está encerrada en un inmenso círculo de granito, cual un naranjo en su caja.

Llegamos á ella, echamos pie á tierra en medio de un jardín de flores estrañas y preciosas, destinadas todas á establecer colonias de semillas y de tallares, bajo aquella feliz esposición. Cada terrado es un platabanda ó bancal embalsamado de diferentes perfumes, en medio del cual domina siempre el del naranjo y poblado de dioses y de diosas. El último está coronado por un Pegaso y un Apolo. Toda aquella ninfería es de una rabiosa antigüedad llena de amaneramiento y mal gusto.

De los terrados, bajamos al palacio: es una verdadera *Villa Real* llena de frescura y de agua; hay galerías de cuadros bastante notables: tres aposentos, en los cuales uno de los príncipes Borromeos ha dado hospitalidad al caballero Tempesta, que en un movimiento de celos, había matado á su muger, y de quien el reconocido artista se hizo un vasto album que ha cubierto de pinturas maravillosas: en fin, un palacio subterráneo, todo de conchas como la gruta de un río, y lleno de náyades con urnas vueltas hácia abajo, de las que corre abundantemente un agua fresca y pura.

Este piso da sobre el bosque, pues el jardín es un verdadero bosque lleno de sombra, á través del cual, por los claros, descubre la vista los sitios más pintorescos del lago. Uno de los árboles que componen aquel bosque, es histórico: es un magnífico laurel grueso como el cuerpo de un hombre, y de una altura de sesenta pies. Tres días antes de la batalla de Marengo comía un hombre bajo su sombra: en el intervalo del primer servicio al

segundo aquel hombre de corazón impaciente cogió su cuchillo y escribió en el árbol contra el cual estaba apoyado, la palabra *Victoria*: esta era entonces la divisa de aquel hombre que no se llamaba todavía más que Bonaparte, y que por su desgracia se ha llamado más tarde Napoleón.

No queda ya huella ni de una sola letra de aquella palabra profética: cada viajero que pasa, se lleva una partícula de la corteza en que estaba escrita, y hace cada día al laurel una herida más profunda, de la que acabará por morir tal vez.

Al Norte del bosque encontré unas casitas de pescadores y de barqueros, en medio de las que se eleva una posada. El recuerdo de mi almuerzo, me hizo creer entonces haber hecho un buen hallazgo.

Hice despertar al posadero para informarme de cuanto me llevaría por pasar ocho días en su casa, y me pidió una cosa como cien escudos. Me hubiera sido más corto y más barato el alquilar el palacio Borromeo al príncipe mismo: por consiguiente, le pedí perdona-se el haberle despertado, y le invité á que se volviese á acostar.

En su consecuencia volví á meterme en mi embarcación, y mandé dirigir la proa hácia la posada del *Signor Adami*.

Por la tarde volví de Arona: fuera de su manía por la Guardia Nacional, que le he perdonado fácilmente después, por comparación con la de nuestros frenéticos de París, á quienes no conocía entonces como ahora, era un hombre excelente: pronto nos arreglamos respecto al precio por ocho días; me dió un cuarto con ventanas al lago, saqué mis libros de la maleta y me instalé.

Hice en aquella pequeña posada, ante el país más hermoso del mundo, en medio de una atmósfera embalsamada, bajo un cielo azul, los más malos artículos que jamás he enviado á la *Revista de ambos mundos*.

Se necesita para un trabajo feliz, cuatro paredes y no horizonte: cuanto más grande es el paisaje, más pequeño es el hombre.

Mi huésped era tan excelente muchacho, que no tuve valor para hacerle, durante aquellos ocho días, ninguna observación sobre el servicio de su posada, y me contenté al marchar, con sustituir al título del libro, que su esfigie guerrera llevaba debajo del brazo, el de otro más comfortable: *Arte de cocinar*.

Espero que se habrá aprovechado del aviso en pro de mis sucesores.

Mediante la cantidad de diez francos que dí á mis barqueros, y un viento favorable que Dios me envió gratis, en cuatro horas estuve en Arona.

LA ÚLTIMA ASCENSION.

Arona es una de las poblaciones mas encantadoras, entre las que dominan el Lago Mayor, y se detendria alli uno nada mas que por la perspectiva que se descubre desde las ventanas de la fonda, sino se sintiese mas poderosamente atraido por la curiosidad que inspira el coloso de San Carlos.

Porque en Arona fué donde nació, en 1538, el famoso arzobispo de Milan, el cardenal Borromeo, que por el uso que hizo de sus riquezas, con las cuales fundó establecimientos de beneficencia, y por la abnegacion con que espuso su vida en la peste de 1576, mereció en vida el titulo de santo, que fué ratificado despues de su muerte.

Asi es que se ha apoderado de todos los recuerdos de la poblacion. Visité primero la iglesia donde se halla su sepulcro: aquel monumento es ya uno de esos templos de Italia coquetamente adornados, de los que Nuestra Señora de Loreto es una especie de copia, y que á nosotros, hombres del Norte, acostumbrados á las piedras grises de nuestras catedrales, nos parecen tan lujosos. Entré, en él en el momento en que acababa de concluirse una misa de difuntos; llamé á un largo y delgado sacristan, que apagaba, con su apagador, una docena de hachas que ardian alrededor de un féretro vacío: me hizo señal de que inmediatamente que concluyese su tarea vendria: para no perder tiempo me puse á examinar algunos cuadros de Ferrari y de Appiani que guarnecen las capillas laterales; ni unos ni otros, aunque muy ponderados á los estrangeros, me parecieron gran cosa.

El sacristan habia apagado los cirios, se vino hácia mí y me llevó á una capilla subterránea en la que descansa el cuerpo de San Carlos Borromeo. Su esqueleto está recostado en una urna, revestido con sus ornamentos episcopales, con las manos cubiertas de guantes morados, la mitra en la cabeza, y una máscara de vermeil sobre la cara. Toda la capilla es de mármol negro, con adornos de plata maciza. En un pequeño armario al lado de la urna, se hallan encerradas á titulo de reliquias las sábanas ensangrentadas, sobre las cuales se hizo la autopsia del santo, muerto á la edad de cuarenta y seis años de una tisis pulmonal.

El arzobispo de Milan, es uno de los últimos santos canonizados por la corte de Roma. En 1610, veinte y seis años no mas despues de su muerte, Paulo V ratificando el culto general que se habia tributado á su sepulcro, le convirtió en altar: asi es que en torno de aquella existencia casi contemporánea no se

encuentra ninguna de las antiguas leyendas del martirologio. Lo que fué un prolongado milagro, fué la misma vida de San Carlos: nacido en medio de los desórdenes civiles y religiosos, y viviendo en medio de la corrupcion de la prelatura italiana, fué el restaurador obstinado de la disciplina eclesiástica, de la cual dió él mismo el ejemplo por su austeridad. Durante sus estudios en Milan y en Pavia, como en otro tiempo en Atenas San Basilio y San Gregorio Nacianceno, no conoció otras calles que las dos que dirigian la una á la iglesia, y la otra á las escuelas públicas. A los doce años obtuvo una de las mas ricas abadías de Italia: era patrimonio de su familia: á los catorce un priorato que renunció en él el cardenal de Médicis su tío, al subir al trono pontifical bajo el nombre de Pio IV: en fin, á los veinte y tres años era cardenal.

Entonces fué cuando colmado de los mas ricos beneficios de la Lombardia, revestido de los primeros titulos de la gerarquía eclesiástica, y rodeado de aquellas seducciones mundanas á las que cedian en aquella época hasta los mismos soberanos pontífices, hizo tres partes de su hacienda, la una para los pobres, la segunda para la iglesia, y la tercera para su casa. Un desprendimiento tan grande y una vida tan cristiana le habian adquirido ya el amor de todos, cuando un acontecimiento añadió á aquel sentimiento el de respeto: un dia que el santo prelado estaba en oracion en la capilla arzobispal, entró en la iglesia un asesino; este era un religioso de la orden de los humillados, orden cuyos excesos habia atacado San Carlos. Acercóse el asesino al oficiante, y en el momento en que se cantaba aquella antifona: *Non turbetur vestrum, neque formidet*, le tiró á quemaropa un arcabuzazo. San Carlos se cayó sobre sus manos por la conmocion, se levantó, y aunque se creia herido de muerte, ordenó que continuase el oficio divino, ofreciéndose por aquella vez en sacrificio á los fieles en lugar del Hijo de Dios. Terminado el oficio, se puso en pie San Carlos, y la bala detenida en sus ornamentos episcopales, cayó al suelo; aquel suceso fué considerado como un milagro.

Algun tiempo despues estalló la peste en Milan. San Carlos se trasladó inmediatamente allí con toda su casa, á pesar de las representaciones de su consejo, y permaneció durante seis meses en el centro del contagio, llevando á la cabecera de todos los moribundos abandonados por el arte, los consuelos de su palabra: entonces vendió aquella tercera parte de bienes que habia reservado para sí mismo, la capilla de oro y plata, y los vestidos, muebles, estatuas y cuadros: despues, cuando nada tuvo que dar á los pobres y moribundos, pensó en ofrecerse él mismo á Dios como una víctima espiatoria: do quiera donde el azote se mostraba mas cruel y encarniza-

do se presentaba con los pies descalzos, una sogá al cuello, y la boca pegada á los pies de un crucifijo, rogando al Señor con lágrimas tomase su vida en cambio de la de aquel pueblo que de tal modo afligia. En fin, sea que hubiese llegado el término del azote ó que las oraciones del santo hubiesen sido oídas, la cólera de Dios volvió á subir al cielo.

Apenas salió de aquella larga prueba volvió Carlos á emprender el curso de su vida pastoral, pero Dios habia aceptado el sacrificio ofrecido: sus fuerzas se hallaban agotadas; se le declaró una tisis pulmonal, y en la noche del 3 al 4 de noviembre de 1584 el santo envidió terminó su laboriosa carrera.

Cinco años despues se hallaban en las orillas del lago, unidos á la familia de San Carlos, le votaron una estatua colosal, cuya ejecucion se confió al célebre Cerani: se abrió un plano en un cerro inmediato á la poblacion, donde se elevó un pedestal de treinta y cuatro pies, y sobre aquella esplanada y aquel pedestal, se colocó la estatua del santo; esta estatua tiene noventa y seis pies de altura.

Quería el sacristan enseñarme aquella maravilla, y yo por mi parte no deseaba menos el visitarla: nos pusimos en camino, y desde lejos divisamos al santo-obispo dominando el lago, teniendo su libro debajo del brazo, y dando con la otra mano la bendicion episcopal á la ciudad en que habia nacido.

Las proporciones de aquella estatua están tan en armonía con las gigantescas montañas sobre las que se destaca, que á primera vista y á cierta distancia parece solo de una estatura regular, y solo al irse aproximando crece y se agranda desmesuradamente, y todas sus partes toman proporciones reales y verdaderas. En tanto que estaba ocupado en examinar el coloso, en uno de cuyos dedos acababa de posarse un cuervo, cuya magnitud parecia apenas la de un gorrión, el sacristan apoyó una inmensa escalera contra el pedestal, y subiendo los tres ó cuatro primeros escalones me invitó á seguirle.

El lector sabe mi poca afición á las ascensiones aéreas, por lo tanto, no se admirará de que antes de aventurarme á seguirle, preguntase á donde iba. Iba á la cabeza de San Carlos.

Por muy curiosa que pareciese aquella visita interior, sentía yo muy pocos deseos de hacerla: aquella escalera larga y flexible, que debia llevarme á un pedestal sin barandilla, me parecia un camino bastante espuesto para un viajero tan propenso á los mareos como yo. Ademas, llegado al pedestal, no me hallaba mas que á la cuarta parte de mi ascension, y no veía de ninguna manera con que máquina podria llegar al término indicado. Hice esta observacion á mi sacristan, que me enseñó bajo un pliegue del manto de la estatua, una especie de abertura que daba entra-

da al interior: me dijo, que encontraria allí una escalera sumamente cómoda; todo el embarazo estaba en trepar hasta la plataforma del pedestal: hice todavia algunas observaciones sobre los riesgos del camino; pero mi guía conociendo que yo desmayaba, insistió con nueva fuerza. Entonces la vergüenza me impidió retroceder donde este sacristan caminaba tan firme, le hice seña de que continuase subiendo y le seguí tan de cerca, que llegamos casi al mismo tiempo al pedestal. Ya era tiempo: las montañas, y la poblacion y el lago comenzaban á dar vueltas de un modo desordenado: tanto que no tuve tiempo mas que para cerrar los ojos, agarrarme á un paño del vestido del santo, y sentarme en el dedo pequeño de su pie izquierdo. Gracias á este asiento mas tranquilo, sentí muy pronto calmarse el zumbido de mis oidos, adquirí la conviccion de la inmovilidad de la base sobre que descansaba, y conociendo que habia vuelto á tomar mi centro de gravedad, me aventuré á volver á abrir los ojos. Encontré las montañas, el lago y la poblacion en su sitio acostumbrado: nada faltaba sino el sacristan, miré hácia todos lados; pero habia desaparecido completamente: le llamé, no me respondió. Decididamente aquel hombre habia sido creado y venido al mundo para hacerme rabiar.

Me puse á buscarle, pensando que trataba de jugar al escondite y que lo hallaria oculto en algun pliegue del ropage de aquel bronce colosal, y comencé en consecuencia á dar vueltas alrededor de la estatua: la cosa era fácil sobre los lados; pero al dar la vuelta me encontré con la cola de su trage arzobispal y fué necesario aventurarme sobre sus arrugas, que cubrian el pedestal. En fin, tan pronto colgándome de las manos, tan pronto andando de pies, tan pronto arrastrándome á gatas, llegué á pasar sin accidente alguno aquel mar de bronce y poner por fin el pie en su orilla de granito. No me habia engañado: mi perillan me esperaba á la mitad del camino de una escalera de cuerda que se introducía por bajo un paño del vestido del santo y conducía á lo interior de la estatua. Púsose á reir al verme, gozoso de la chanza que me habia dado, chanza que sospecho renueva cada vez que un viajero inocente tiene la imprudencia de seguirle. En efecto, bien hubiese podido haber colocado desde luego la escalera de madera frente de la de cuerda; pero parece que descaba hacerme en todos sus detalles los honores de su arzobispo; jamás he visto un eclesiástico mas travieso ni menos penetrado de la dignidad de su trage.

Por lo demas, no le manifesté rencor alguno por su buen humor, antes me aproximé á él muy contento, y tomándolo á broma me agarré á él por una pierna.

Entonces comenzó nuestra segunda ascension, que aunque de ocho ó diez pies única-

mente, no era la mas cómoda; sin embargo, sali de ella muy bien, gracias al punto de apoyo que me habia proporcionado, y á pocos instantes me hallaba ya en el interior del santo.

Mi primer cuidado fué buscar por todos lados, á la luz que venia de lo alto, la prometida escalera; pero entonces fué cuando comprendí el lazo en que me habia hecho caer: el solo y único medio de ascension que habia era una especie de escala formada por una multitud de barras de hierro, atravesadas como los palos de una janla, y destinadas á sostener aquella enorme masa. Mi aturdimiento me hizo soltar la presa; apenas hube cometido aquella imprudencia, cuando mi sacristan saltó sobre el primer travesaño, y trepó de barra en barra como una ardilla por las ramas de un árbol. Entonces me dió rabia por haber sido de tal manera burlado por una especie de rata de iglesia, de modo que olvidé mareos y vértigos, y me puse á perseguirle con menos destreza pero con mas fuerza; ya iba á alcanzarle cuando desapareció segunda vez en una especie de caverna, que abria sobre nuestro camino una sombría boca de veinte pies de elevacion y cinco ó seis de latitud. Como no sabia yo á donde iba á parar, me paré y me puse á caballo sobre mi barra de hierro, para guardar la entrada, resuelto á atraparle á su salida y á no soltarle mas.

A fuerza de mirar en aquel abismo, mis ojos se acostumbraron á la oscuridad. Entonces dijisé á mi guia, á quien no sabia ya que nombre dar, pues tentado estaba de creerle alguno de aquellos seres fantásticos, de que nos habla Hoffmann, paseándose tranquilamente por una especie de corredor en cuesta, y haciéndose aire voluptuosamente con su pañuelo. Desde que vió que yo le habia descubierto:

—¿Y bien? me dijo: ¿no venis á descansar un instante? estamos á la mitad del camino.

A la vez me ofrecia una cosa buena y me daba una noticia escelente, así sentí mi cólera desvanecerse para dar lugar á la curiosidad. Nuestro viage, fuera de las dificultades, que comenzaban á parecerme menos insuperables, tenia cierta originalidad. Adopté pues el partido de considerarle bajo el punto de vista instructivo y pintoresco, y en su consecuencia me agarré á la barra que estaba encima de mi, puse el pie izquierdo en la que me servia de caballo y salté con el pie derecho al hoyo, en que me aguardaba mi compañero de gimnástica.

—¿Dónde diablos estamos? le dije despues de haber tratado en vano de darme cuenta de las localidades.

—¿Dónde estamos?

—Si.

—Estamos en el libro de San Carlos.

—¡Toma! ¡toma! ¡toma!

En efecto, aquel misal que desde abajo me

habia parecido un tomo en folio regular, tenia veinte pies de altura, diez de longitud y cinco de ancho.

Descansé un instante apoyado contra su encuadernacion de bronce, despues arrastrado por la curiosidad pedi el primero á mi guia continuar el viage.

Como he dicho, comenzaba á hacerme á las dificultades del camino, y así es que llegué muy pronto á la abertura practicada en la espalda del santo, que tiene la dimension de una ventana ordinaria y se abre hácia el camino que habia yo seguido aquella misma mañana al venir de Baveno. Detiveme, pues, un solo instante para contemplar el paisaje, y continué despues mi camino. En cuanto al sacristan, habia ya llegado arriba hacia mucho tiempo, y yo como los desollinadores en lo alto de las chimeneas, le oía sin verle, cantar su cántico de gracias. Lo que me impedia descubrirle, era la estrechez del camino, producida por el cuello de la estatua: pasado este me encontré, al salir de la larínge, en una inmensa cúpula iluminada por dos aberturas que corresponden á las de las orejas del santo, en medio de las cuales mi sacristan, con las piernas colgando, estaba irreligiosamente sentado en la nariz de San Carlos.

Ademas debo hacerle esta justicia, que apenas me presenté, me ofreció su lugar; pero como yo soy mas respetuoso para las cosas santas que muchos que viven de ellas, lo rehusé sin decirle el motivo de mi negativa, que de seguro no hubiera comprendido.

Entonces me contó no sé qué comida de doce cubiertos que se habia dado en la cabeza del arzobispo; los cocineros estaban en el libro, y los criados en el brazo derecho. Todo esto se parecia mucho á la historia de Gulliver en la isla de los gigantes.

Viendo que me negaba obstinadamente á sentarme en las narices de San Carlos, me invitó á mirar por su oreja izquierda, esto era ya otra cosa, y no olia á sacrilegio, por lo que no puse dificultad en pasar mi cabeza por el *Was ist das*.

Mi sacristan tenia razon, porque desde allí se descubre una magnífica vista: en el primer término el lago azul como el cielo y terso como un espejo; en el segundo las colinas cubiertas de viñas y el palacio de Angera con troneras, y despues en lontananza prolongándose entre los Apeninos y los Alpes las llanuras de la Lombardia que se dilatan hasta Venecia, y van á morir sobre las arenas del Lido. Quedé verdaderamente maravillado y como en éxtasis.

Volví á bajar al cabo de una hora sin pensar en el peligro del camino: llegado á lo bajo del pedestal me preguntó el sacristan si estaba aun enfadado con él, y le respondí poniéndole en la mano cinco francos.

Mediante aquella retribucion se encargó de buscarme un barco, de modo, que en la

tarde misma llegué á Sexto-Calende, que es segun creo la primera poblacion del reino Lombardo-Veneto.

Encontré la posada toda revuelta: hacia ocho dias que un viagero francés habia llegado á ella en posta con una jóven tan enferma que no habia podido llegar á Milan: se habian visto forzados á detenerse en Sexto. Inmediatamente el jóven habia enviado un correo á Milan con órden de traer á toda costa al doctor Scarpa. Desgraciadamente el doctor Scarpa estaba moribundo, y habia destinado uno de sus comprofesores, el cual al llegar halló á la enferma sin esperanza de vida. Dos dias despues habia muerto de una afeccion crónica del estómago y habia sido enterrada aquella misma mañana. El jóven despues de haberla tributado los últimos deberes habia vuelto al instante á salir para Francia.

Habia habido una circunstancia singular. En Italia se entierran los cadáveres en las iglesias en una huesa comun, cuya piedra se levanta á cada nuevo viagero que envia la muerte á su morada: aquella costumbre habia repugnado al marido, hermano ó amante de la difunta, porque no se sabia que vinculos los unian. En su consecuencia habia comprado una casa con jardin, el que habia hecho bendecir, enterrando en él en medio de las flores y á la sombra de los naranjos y adelfas á su misteriosa compañera. En cuanto á su sepulcro era una simple piedra de mármol con un nombre encima.

Como la noche estaba hermosísima, pregunté sino se me podia acompañar á aquel jardin; el posadero me dió un guia, echó á andar delante de mi y lo seguí.

La casa comprada por mi compatriota, se hallaba situada fuera de la aldea, sobre una pequeña colina desde donde se descubre una parte del lago: los antiguos propietarios, que se habian reservado tres meses de término para desocuparla, me hicieron entrar sin dificultad en aquel jardin que se habia convertido en cementerio. Hice señal con la mano de que deseaba me dejasen solo, y como no tengo trazas de profanador de sepulcros, consintieron en ello.

Al principio caminé á la ventura por aquel pequeño jardin tan embalsamado, luego descubri un grupo de limoneros hácia los que encaminé mis pasos: á medida que adelantaba, veia resaltar bajo su sombra la blancura de una piedra, y pronto reconocí que la forma de aquella piedra era la de un sepulcro, al que me aproximé, y bajándome á la luz de un rayo de la luna que se desprendía por entre los árboles que le daban sombra, leí esta sola palabra: *Paulina* (1).

(1) Un dia publicaré probablemente la historia de esta misteriosa jóven, que se me apareció tres veces corriendo hácia esta tumba, donde debia al fin abismarse para siempre; pero en este momento me lo vedan todavia algunas consideraciones sociales.

A la mañana siguiente el mozo de la posada, que yo habia enviado al correo con mi pasaporte, me trajo una carta que me obligó á salir inmediatamente para Francia. Cinco dias despues me hallaba ya en Paris.

Como no conocia de la Italia sino lo que habia visto por la oreja de San Carlos Borromeo, hice al dejarla voto de volver á ella. Este voto es el que acabo de cumplir.

Sea esto dicho de paso para aquellos de mis lectores que tengan valor de seguirme en una nueva peregrinacion.

EPILOGO.

A fines de 1833, mi criado, á quien sin duda no le gustaban las boardillas de la calle de San Lázaro, me dijo tantas veces que mi habitacion no era á propósito para mí, que le dije al fin una noche que decia bien, y que estaba pronto á mudarme siempre que él se encargase de buscarme otra, y de verificar la mudanza de mis muebles, sin que tuviese yo que ocuparme de nada.

El dia siguiente por la mañana oí una grande disputa en mi comedor, me eché una bata y salí á ver qué era aquello. José disputaba con un mozo sobre el precio de la mudanza de mis cuadros y de algunos otros muebles. Al verme este último apeló á mi conciencia, y me preguntó si veinte y cinco francos era demasiado por el transporte de mis cuadros, mis libros y mis curiosidades á la calle Bleu, núm. 30.

—Parece, dije á José, que prefiero la calle Bleu á la de San Lázaro.

—Si, señor, me respondió; y habeis alquilado en ella esta mañana un cuarto principal que solo cuesta cien francos mas que este, que es un tercero.

—Bien está, pero te has de enterar el por qué se escribe la calle Bleu sin e (*Bleue*, azul).

—Si, señor.—Volví á entrar en mi cuarto, y me metí otra vez en la cama.

—Ya ves, dijo Francisco, que á vuestro amo no le parece esto tan caro.

—Bien está, tendrás tus veinte y cinco francos, pero te encargarás de saber por qué se escribe la calle de Bleu sin e.

—¿Y á quién se lo he de preguntar?

—Esó tú lo verás.

—Entonces procuraré averiguarlo, dijo Francisco.

El final de este diálogo me afirmó en una idea que me habia ocurrido hacia tiempo, y es que José hacia lustrar mis botas por el por-